

## CONOCIMIENTO DE LAS LITERATURAS ORIENTALES \*

Desde hace algunos años se deplora con frecuencia que, a pesar de las facilidades de comunicación, las grandes culturas que existen en el mundo no logran vencer sus ignorancias recíprocas. En Europa y en América, por ejemplo, el público parece inquietarse cada vez más de haber desconocido demasiado tiempo las preocupaciones y los valores espirituales de los pueblos del Asia. Por otra parte, muchos orientales lamentan poseer sólo una visión fragmentaria de las culturas de un Occidente que a menudo no se ha presentado a ellos más que bajo sus aspectos económicos o técnicos. En razón de estas nuevas curiosidades, todavía difíciles de satisfacer, la Unesco decidió, el pasado diciembre, dedicar una parte substancial de sus recursos —durante un número considerable de años— a la “mutua apreciación de los valores culturales de Oriente y Occidente”.

Entre los medios que han de utilizarse para realizar este programa, las traducciones ocupan desde luego un gran lugar. Educadores y eruditos desean que las grandes casas editoras tomen a su cargo la difusión cada vez mayor de las obras maestras que mejor expresan las tradiciones o aspiraciones de los pueblos. Ya hemos llamado la atención de nuestros lectores sobre la contribución que la Unesco aporta a esta labor patrocinando la publicación de una colección de obras representativas, de las que hasta este momento se han empezado siete series<sup>1</sup>. Hoy quisiéramos señalar el valor de los textos orientales que han sido recientemente traducidos y publicados como parte de este programa.

### TEXTOS FILOSÓFICOS DEL CERCANO Y DEL MEDIO ORIENTE

Del Cercano y del Medio Oriente son sobre todo filósofos lo que se ha querido dar a conocer mejor a los que no pueden leerlos en el original. El *Libro de directivas y observaciones de Avicena* ha sido traducido del árabe por la Srta. A. M. Goichon (París, Vrin edit.). Pero el ilustre pensador iranio había escrito en persa el *Relato de Havy ibn Yaqzan* y el *Libro de ciencia*; estas dos obras existen ahora en francés, la primera gracias a Henry Corbin (Teherán, Instituto franco-iranio), la segunda gracias a Mohammed Aghena y a Henri Massé (París, Les Belles Lettres). Una obra mística de al-Ghazzālī (Algazel), *¡Oh Joven!*, ha sido traducida al francés por Toufic Sabbagh (París, Maisonneuve), al inglés por George Scherer y al español por el P. Esteban Lator (Imprenta católica, Beirut). Un gran tratado de Averroes apareció en dos volúmenes de la Oxford University Press, en una traducción inglesa de Simon van den Bergh: *The incoherence of the Incoherence*.

\* Se han corregido algunos errores de transliteración de nombres propios y títulos de obras. (N. de la D.).

<sup>1</sup> Véase *Crónica de la Unesco*, Vol. II, N° 11, p. 24.

A veces se ha dicho que estos libros árabes y persas interesan sobre todo a los historiadores de la lógica, de la medicina, de la filosofía y de las religiones, y que exigirían de un público menos especializado un esfuerzo quizás demasiado sostenido. Pero esta opinión no puede aplicarse a obras como el *Libro de los Avaros* de Gáhiz o el *Libro de la Corona*, atribuido —erróneamente sin duda— al mismo escritor. El primero tiene ante todo el gran mérito de dar a conocer a un curioso hombre de letras establecido en Bagdad, en el siglo ix, que escribió sobre todas las cosas con una afortunada fecundidad y sin dejarse trastornar por los golpes de Estado o por las revueltas. Gáhiz no trataba de pasar por un sabio ni por un pensador profundo, y su *Libro de los Avaros* no es un tratado de la avaricia. Es una colección de anécdotas, recuerdos, sabrosas citas, reflexiones espontáneas, todo aparentemente sin el menor cuidado de la composición: frases libres de un viejo sonriente, decididor y pleno de humorismo. El *Libro de la Corona* parece más didáctico; en él se expone, con detalles a menudo extranjeros, la etiqueta de la corte del califa. Pero no es necesario ser un gran historiador para hallar placer en la lectura de este manual del perfecto cortesano. El autor de estas dos traducciones —publicadas una por Maisonneuve, la otra por *Les Belles Lettres*— es Charles Pellat.

Del persa tradujo la Sra. Eva Meyerovitch el *Mensaje del Oriente* de Muhammad Iqbāl (París, *Les Belles Lettres*): este hermoso libro abre la serie pakistana. Si bien el nombre de Iqbāl es célebre, si el sentido general de la acción de este poeta —tenido por los musulmanes como uno de sus jefes espirituales— no es ignorado por los occidentales, es preciso reconocer que hasta ahora su obra no había tenido en los países de habla francesa los lectores que merece. La traducción de *Mensaje del Oriente* ha venido a llenar una lamentable laguna. Esta ardiente poesía aspiraba a despertar al Islam de un sueño secular. Se dirigía sobre todo a un Occidente “hastiado de su fría espiritualidad”, para repetir la expresión de Heine, a fin de proponerle una doctrina de progreso y de amor, en la que se afirma una maravillosa confianza en la humanidad.

## TESTIMONIOS DEL MISTICISMO INDIO

En los textos religiosos que nos dejara la India de hace 4.000 años se encuentra el testimonio de una fe igualmente intensa. La tierra y sus ríos, el aliento y la palabra, el tiempo y la muerte, el fuego y el licor del sacrificio, la irrupción de las facultades sensibles en el cuerpo, la admiración del hombre ante su propio pensamiento, son otros tantos temas de los poemas védicos. Estos *Hymnes spéculatifs du Véda* aparecieron en París editados por Gallimard, que, en colaboración con la Unesco, ha elaborado la colección “Conocimiento del Oriente”. Fueron traducidos del sánscrito al francés y anotados por Louis Renou, que los describía recientemente del siguiente modo: “Casi todos los himnos están hechos sobre un mismo modelo: la alabanza de la divinidad a quien se dirigen, alabanza que los poetas enriquecen con alusiones, bien a relatos mitológicos o bien a detalles relacionados con los sacrificios, pues estos poemas eran recitados durante las grandes ceremonias reli-

gias y formaban parte de los sacrificios. En cuanto a las oraciones, en general son trozos de índole mágica, semejantes a los que se encuentran en muchas civilizaciones arcaicas. Sin embargo, algunos de estos textos contienen elementos que pueden llamarse especulativos. Ciertos autores modernos no han vacilado en hablar de filosofía, lo cual es acaso decir demasiado. En efecto, entre los poetas del Veda, había algunos que se preocupaban más que otros de evocar el orden cósmico, de escrutar el origen de las cosas, de imaginar lo que podía ocurrir en los tiempos en que los dioses y el mundo aún no existían. Algunos de estos poetas no han vacilado en componer sus himnos sobre el tema de la cosmogonía . . .”

Los lectores de lengua inglesa encontrarán otros himnos védicos en una antología publicada, también para la colección Unesco, por el Instituto Cultural Indio de Bangalore. Pero esta antología —*The Indian Heritage*— contiene también extensos fragmentos de grandes epopeyas (Râmâyana, Mahâbhârata, Bhâgavata) y termina con una selección de oraciones. De modo que ofrece un compendio no solamente de la literatura sánscrita, sino también del pensamiento y del sentimiento religioso de la India clásica. El traductor, V. Raghavan, profesor de la Universidad de Madrás, brinda en una abundante introducción las aclaraciones filosóficas y literarias que pueden desear los lectores occidentales al abordar los textos por él reunidos.

La comprensión de la obra de un poeta como Tukârâm, del que Gallimard ha publicado los *Salmos del peregrino*, quizás no requiera para los mismos lectores tantas explicaciones. Este humilde místico del país marâthî que en el siglo xvii recorrió el Dekkan cantando el amor divino, se expresaba, en efecto, con un fervor a la vez tan original y tan simple que sus acentos conmueven de inmediato. No parece que sea necesaria ninguna aclaración previa para deleitarse con semejante poesía, de la que se podría decir que evoca cierto ambiente franciscano. Sin embargo, el traductor, R. P. Deleury, ha debido encontrar en su trabajo problemas tanto más difíciles cuanto que nadie hasta ahora había traducido del marâthî al francés. De todos modos supo encontrar un tono y un ritmo muy seductores, y debe agradecersele que haya querido conservar la pureza y la “desnudez original” del texto.

Otras obras indias serán pronto traducidas dentro del programa de la Unesco. Las primeras anunciadas son una novela tamul —*Shilappadikâram*—, una novela de Premshand —*Godan*— y *El nacimiento de Kumâra*, gran poema de Kâlidâsa cuyo 1.500º aniversario se celebra este año. Todas estas obras serán publicadas en francés por Gallimard, como parte de la colección “Conocimiento del Oriente”.

#### INICIACIÓN A LAS LETRAS JAPONESAS

La misma colección se enriquecerá próximamente con obras chinas —una antología de la poesía desde los orígenes hasta nuestros días y la célebre novela de Ts’ao Sivek’in *El sueño de la mariposa roja*— y comprende ya dos obras japonesas. Gracias a la traducción de los *Cuentos de lluvia y de luna*, hecha por René Sieffert, el año pasado se pudo des-

cubrir un autor encantador, Veda Akinari, nacido en Osaka en 1734 y muerto en 1809, cuyos fantásticos relatos pertenecen a la vez al folklore por las historias de fantasmas y al tesoro de las letras por la incomparable calidad de su estilo. En realidad, las apariciones del más allá, largamente preparadas, ocupan menos lugar que las observaciones psicológicas, la evocación de los paisajes y las discretas lecciones de moral o de política. Es una de las obras más completas de la literatura japonesa. Todos y cada uno encontrarán provecho en la lectura del libro que Akinari comienza diciendo: "El año 5 de Meiwa, hacia el final de la primavera, una noche, cuando la lluvia cesaba y el resplandor de la luna estaba velado..."

Para una iniciación más completa en las letras japonesas, sin embargo, no hay nada que pueda compararse a la bella antología preparada por Donald Keene y publicada en dos volúmenes, para la colección Unesco, en los Estados Unidos por la Grove Press y en Gran Bretaña por Allen and Unwin. Leyendo el primer volumen —desde los orígenes hasta 1850— se advierte el contraste entre la poesía antigua, tan libre, tan directa, y el formalismo comedido de los últimos tiempos del shogunado. Sin embargo, entre las apasionadas elegías de la colección de las Diez mil hojas y los *hai-kai* un poco artificiales del siglo XVIII, se encuentran grandes obras que sin duda deberían formar parte del patrimonio de todo hombre culto en cualquier país: novelas como *Genji*, ensayos como los de Yoshida Kenko, comedias como las de Shikamatsu Monzaemon.

Puede parecer sorprendente que el segundo tomo de la antología, que va de 1869 a 1950, sea tan voluminoso como el primero. Donald Keene explica que esta desproporción se debe en primer lugar al número de obras que se publican en el Japón desde que este país se abrió al mundo y se "modernizó". Cuanto se ha conservado de la literatura producida desde el siglo XIII hasta la restauración Meiji de 1868, no puede compararse en cantidad con lo que hoy se publica en un solo año. Pero, desde luego, no se trata solamente de cantidad; Donald Keene, cuya autoridad, como es sabido, es tan poco discutida en Tokio como en Occidente, añade que la moderna literatura japonesa es de muy alta calidad.

Esto puede apreciarse fácilmente leyendo a un novelista como Natsumé Soseki, del que Gallimard acaba de publicar en francés *Kokoro* o *El pobre corazón de los hombres*. ¿Qué vida hay más tranquila en apariencia, más igual, más feliz que la de Natsumé Soseki? Nace en 1867 en Tokio, la antigua Yedo. Estudia el inglés, enseña en las escuelas secundarias y pasa tres años en Inglaterra, después de los cuales es nombrado catedrático de la Universidad Imperial de Tokio. Su primera novela, *Soy un gato*, lo hace célebre de la noche a la mañana y le permite entrar en el gran diario japonés *Asahi*. Después de una existencia discreta y retirada, muere en 1916.

Ninguno de los escritores que produjo la era de Meiji ejerció una influencia tan prestigiosa, pues este amigo del Occidente no se había separado de su propia cultura. Se había nutrido en las letras chinas y formado en la meditación que enseña el budismo zen. Su vida sin incidentes ocultaba un alma dolorosa; obsesionado por el ineluctable "pecado que pesa sobre el hombre", este solitario analiza y absuelve al

corazón humano, pero no sin haber tomado sobre sí, como para expiarlo, lo que considera como la irremediable miseria de la condición humana. *Kokoro* es sin duda la más representativa de las novelas de Meiji. Por lo menos así la consideró el Pen Club japonés. Su traducción al francés se debe a Noriguchi Daigaku y a Georges Bonneau.

Sólo hemos querido dar aquí un resumen de la "Colección Unesco de obras representativas", tal como se presenta actualmente en lo que respecta a las literaturas orientales<sup>1</sup>. Todavía queda mucho por hacer: la historia y la poesía chinas se extienden a través de treinta siglos, la India escribe en quince idiomas... Pero, gracias al esfuerzo emprendido, en adelante no serán permisibles ciertas ignorancias a las que el Occidente se resignó quizás demasiado fácilmente en el pasado. De todos modos, las traducciones ya publicadas invitan desde ahora a descubrimientos apasionantes.

---

<sup>1</sup> Señalemos que el número de junio del *Correo de la Unesco* —revista mensual ilustrada, publicada en español, francés, inglés y ruso— da bajo el título de "Literaturas de Oriente y Occidente", una idea general de esta colección.